

Juan Claudio Acinas

Marginalidad y delincuencia

Septiembre de 2022.



1

Antonio Bermejo Barrera fue un escritor, nacido en Santa Cruz de Tenerife en 1926, que antes de morir, en 1987, tuvo un duro aprendizaje de amargura y soledad. Conoció la miseria del alcohol en los bares del puente Zurita, la desolación en una cueva del barranco Santos, la depresión y el olvido en el manicomio. También alcanzó cierto éxito literario. En 1956, obtuvo el premio “Benito Pérez Armas” con *La lluvia no dice nada*. Pero la novela, como si fuera su propia vida, se perdió antes de ser publicada. Desde entonces, el silencio. Un silencio que, con el tiempo, Roberto Cabrera intentaría compensar con la edición de *Historia de Café Pobre*. En uno de cuyos textos Bermejo escribe: “Odias a aquellos que fueron como tú, que llevan corbata y huelen a jaboncillo. Si te preguntan el por qué, no sabes contestar, pero les odias. Más tarde das contestación a la pregunta. Son tus enemigos; como ellos viste el Juez, la Policía, y los empleados de la Prisión. Ellos son la Ley; tú, el Delito... Cambias. Hablas de otro modo, miras de otro modo, te mueves de otro modo. Los malos olores no los sientes; sientes los buenos y te repugnan”.

Quizá la marginalidad consista en eso. En considerar malo lo que el mundo dice que es bueno. Aunque solo sea como un simple grito de impotencia por saber que se está fuera de lugar, que no nos dejan encajar en ningún lado y que tampoco queremos encajar.

2

Una forma de ver las cosas es considerar que nos encontramos en una situación de anomia generalizada, entendida como un gran desajuste entre, por un lado, los objetivos o fines culturales predominantes en la sociedad: con una supervaloración del éxito monetario; y, por otro, las normas o medios admisibles para alcanzar esos

objetivos: con una infravaloración de los medios “limpios” para obtener el éxito tan ansiado.

William Riley Burnett lo manifestó muy bien: “¿Qué hace que un hombre sea grande? El dinero. ¿Qué hace que un hombre sea respetado? El dinero. ¿Qué hace que un hombre sea despreciado? La falta de dinero. Por eso, hay que ganar dinero. Ganarlo de prisa y sin importar cómo. Merecer el respeto de todos aquellos que sólo respetan a los que tienen más dinero que ellos”.

Tal es así que en nuestra sociedad valemos lo que conseguimos y todo vale para conseguirlo, de manera que lo que importa no es ganar de acuerdo con las reglas del juego sino ganar el juego, hasta el punto de que ya casi nadie tiene dilemas morales, autoconvencidos como estamos de que la ética sólo obliga a los imbéciles o a quienes no han sabido lograr o ejercer una cuota considerable de poder. Lo que, a su vez, se relaciona con una crisis de credibilidad que afecta a toda suerte de instituciones, desde la escuela (que ha dejado de ser garantía de ascenso social) hasta la política (con demasiados ejemplos de mentiras y corrupción).

Por lo demás, es evidente que las grandes desigualdades de renta deshacen el tejido social y erosionan cualquier sentido comunitario basado en la confianza y la cooperación mutua, con lo que tal carencia de equidad se retroalimenta generando más anomia y desigualdad.

Todo lo cual a) incide sobre la ausencia de cualquier esperanza de movilidad social (*no future!*); b) estimula el resentimiento por el que los de abajo perciben muchas cosas como un oprobio, como algo doloroso e intolerable para el amor propio, como un desprecio y humillación insoportables; c) endurece la competencia por el estatus social, pues cuanto mayor es la precariedad y la desigualdad más importa el estatus adquirido; d) condiciona que todo valga con tal de recuperar el orgullo, el prestigio o el reconocimiento perdido o alcanzar el deseado.

De modo que la proclividad a las reacciones delictivas o violentas es mayor en las sociedades más desiguales. Lo que no significa justificar en ello la desobediencia criminal, pero sí comprender que esta se dará más y de forma más pronunciada allí donde la vida esté por debajo de la vida. En sociedades, con un paro espeluznante, con personas hacinadas en pequeños pisos de suburbios ruidosos y aislados (rodeados por carreteras y vertederos), desatendidos, marginados, parias. Barrios chatarra que a 50 m de una autopista ven como aumenta en un 7% el riesgo de demencia, además de enfermedades como cáncer, infartos e ictus. Y, todo ello, con la frustrante presión de una cultura teleinvadida por la obsesión consumista y el placer de lo ostentoso.

3

En ese territorio es donde los jóvenes situados en los peldaños más bajos de la escala social se la juegan. Porque es ahí donde necesitan establecer su personalidad en un entorno adverso que les ignora; donde deben esforzarse por mantener el poco reconocimiento que les queda o puedan tener. Y es ahí, por tanto, donde se les presentan más “oportunidades” para confirmar el estigma del arroyo, esto es, de convertirse fatalmente en delincuentes (que es lo que se espera de ellos), dado que para la mayoría la opción no se sitúa entre estudiar o trabajar, sino entre la delincuencia o la precariedad más absoluta, incluida una autoestima maltrecha, deficiente.

Es decir, tienden a comportarse de acuerdo con un modelo hipermasculino (conductas exageradas y compensatorias) para reafirmarse como individuos mínimamente valiosos, y eso en un contexto donde resulta tan importante tener como

aparentar que se tiene, así como hacerse respetar (“ser alguien”). De ahí, las actitudes presuntuosas, bravuconas y camorristas; las agresiones, peleas y competiciones por el estatus; las conquistas sexuales esporádicas que implican embarazos adolescentes; los delitos contra la propiedad y las personas; el consumo de drogas duras.

Por tanto, nos encontramos con una inequívoca discriminación económica, pero también (y, a veces, sobre todo) con la experiencia de un menosprecio intencionado y, por el contrario, la necesidad de respeto, del reconocimiento de la propia identidad para no sentirse vulnerados social y moralmente. Lo cual se vive como una injusticia que excluye y margina, que niega a una persona el reconocimiento adecuado en su autocomprensión o en relación con los demás por lo que hace a derechos, responsabilidades y capacidades.

En tal sentido, los motivos de rebelión y de resistencia espontáneas, cuando las hay, se manifiestan en un espacio de experiencias morales y políticas que brotan de vivencias por las que las personas ven defraudadas sus expectativas más profundas. Lo que, hay que advertirlo de nuevo, no justifica la delincuencia ni la violencia, pero sí nos lleva a pensar en lo dicho por Antonio Bermejo... o por Fernando Pessoa cuando este apuntaba a esa “maravillosa gente humana que vive como los perros, que está por debajo de todos los sistemas morales; para quien ninguna religión se hizo, ni ningún arte se ha creado, ni ninguna política destinada a ellos”. A lo que añadía “¡Cómo os amo a todos por ser así!”.

Referencias

- Antonio Bermejo Barrera, *Historia de Café Pobre*, 1988.
Axel Honneth, *La lucha por el reconocimiento*, 1992.
Robert K. Merton, *Teoría y estructuras sociales*, 1949.
Brenda Navarro, *Cenizas en la boca*, 2022.
Fernando Pessoa, *Plural de nadie*, 1935.
William Riley Burnett, *El hombre frío*, 1968.
Richard Wilkinson y Kate Pickett, *Desigualdad*, 2009.